

LA EXPERIENCIA, CRECIMIENTO Y MINISTERIO DE VIDA PARA EL CUERPO

(Sábado: segunda sesión de la mañana)

Mensaje cinco

Ser un siervo de Dios calificado al tener la experiencia completa de uno que es llamado

Lectura bíblica: Éx. 3:2-4, 6, 8, 14-15; 4:3-4, 6-7, 9, 14b-16, 24-26

- I. Moisés fue el primer siervo de Dios en la historia que era completo, calificado y perfeccionado; debido a que en la Biblia, él fue el primero a quien Dios hizo plenamente apto para ser un siervo de Dios, Moisés es el estándar del modelo de un siervo de Dios, y al llamarlo Dios estableció el estándar para el llamamiento de todos Sus siervos—cfr. Éx. 2:11-15; Hch. 7:22-30, 34-36; He. 11:28.**
- II. Una persona que es llamada por Dios debe ver la visión de la zarza ardiente—Hch. 7:22-36; Éx. 3:2:**
 - A. Los espinos en Génesis 3 muestran que el hombre caído está bajo maldición; el pecado trajo la maldición, y la maldición trajo la llama de fuego que excluía al hombre—vs. 17-18, 24.
 - B. En Éxodo 3 el espino maldecido llega a ser el vaso de Dios, y la llama de fuego se hace uno con la zarza—vs. 2-4:
 1. Por medio de la redención, la maldición fue quitada, y el fuego se hizo uno con el espino.
 2. El Cristo redentor ha quitado la maldición, y el Espíritu nos ha sido dado en calidad de fuego—Gá. 3:13-14; Lc. 12:49; Hch. 2:3-4.
 - C. Esto indica que todos los que son llamados por Dios deben comprender que no son más que una zarza (un pecador bajo la maldición de Dios, Gn. 3:17-18, 24) con fuego ardiendo en su interior, y que este fuego es el Dios Triuno mismo en Su santidad, el Dios de la resurrección—Dt. 33:1, 16; Mr. 12:26.
 - D. El relato de la zarza ardiente debe ser un continuo memorial y un testimonio para los que han sido llamados por Dios—Dt. 33:1, 16; Mr. 12:26:
 1. Gracias a la obra redentora de Dios, representada por el cordero inmolado y ofrecido a Dios a favor del hombre caído (Gn. 4:4), la llama que excluía al hombre en Génesis 3 se ha convertido en la llama de Éxodo 3 que lo visita y mora en su interior—Gá. 3:13-14; Ro. 12:11; 2 Ti. 1:6-7.
 2. El hecho de que la zarza ardiera sin ser consumida indica que Dios no desea usar nuestra vida natural como combustible; Él arderá únicamente consigo mismo como combustible—Éx. 3:2; Ro. 12:11; 2 Ti. 1:7; Col. 1:29.
 3. Por medio de la señal de la zarza ardiente, Dios dejó grabado en Moisés que él era un vaso, un canal, mediante el cual Dios sería manifestado—2 Co. 4:7; Fil. 1:20, 25-26.
 - E. La iglesia es una zarza corporativa que arde con el Dios de la resurrección—cfr. Gn. 2:22; Ef. 2:6:

1. La meta final de Dios es obtener una morada, esto es, edificar Su lugar de habitación—Jn. 1:14; 2:19; 1 Co. 3:16; Ap. 21:3, 22.
2. La iglesia es el Dios Triuno que arde en el interior de la humanidad redimida; en esto consiste la economía divina—Lc. 12:49; Hch. 2:3-4.
3. Los hijos de Israel, quienes tipifican la iglesia de hoy, eran una zarza corporativa, que fueron redimidos (Éx. 13:14-16), santificados (v. 2), transformados y edificados.
4. No diga que la iglesia se halla en una condición miserable, baja o de muerte; cuanto más dice eso, más se pone usted bajo maldición, pero si alaba al Señor por la vida de iglesia y habla bien de ella, usted se colocará bajo la bendición de Dios:
 - a. “No ha notado iniquidad en Jacob, / ni ha visto agravio en Israel”—Nm. 23:21.
 - b. “¡Cuán hermosas son tus tiendas, oh Jacob, / tus tabernáculos, oh Israel!”—24:5.
 - c. “Benditos todos los que te bendigan, / y malditos todos los que te maldigan”—v. 9b.
5. A pesar de toda la división, el pecado, la confusión, el abuso de los dones y la enseñanza herética que había en la iglesia en Corinto, el apóstol todavía la llamaba la iglesia de Dios, porque allí estaba en realidad la esencia divina y espiritual que hace de los creyentes reunidos la iglesia de Dios—1 Co. 1:2.
6. Ser una zarza corporativa como la morada actual de Dios es un asunto que se halla enteramente en resurrección:
 - a. La iglesia es “crística”, “resurreccional” y celestial—cfr. Gn. 2:22; Ef. 1:19-23; 2:6.
 - b. La resurrección es el pulso vital y el sustento de la economía divina—1 Co. 15:12; Hch. 13:33; 1 Co. 15:45; 1 P. 1:3.
 - c. Nuestra labor por el Señor en Su vida de resurrección y con el poder de Su resurrección nunca será en vano, sino que dará por resultado el cumplimiento del propósito eterno de Dios al predicar nosotros a Cristo a los pecadores, ministrar vida a los santos y edificar a la iglesia con las experiencias que tenemos del Dios Triuno procesado como oro, plata y piedras preciosas—1 Co. 15:58; 3:12.

III. Una persona que es llamada por Dios debe tener una revelación de quién es Dios:

- A. El nombre de Aquel que llamó a Moisés es Yo Soy—Éx. 3:14-15:
 1. El nombre Yo Soy indica que Dios, Cristo, es la realidad de todas las cosas positivas—Jn. 8:58; 6:35; 8:12; 15:1; Col. 2:16-17.
 2. Debemos saber que el Dios que nos llama es y que nosotros no somos—He. 11:6.
- B. Aquel que llamó a Moisés era el Dios de su padre—Éx. 3:6:
 1. *El Dios de tu padre* denota una historia con Dios.
 2. A los ojos de Dios, el Señor que nos llama es el Dios de nuestro padre espiritual—1 Co. 4:15, 17; Sal. 103:7; Fil. 2:19-22.
- C. Aquel que llamó a Moisés era el Dios de la resurrección—Mt. 22:29-33:

1. Debemos conocer al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios Triuno que resucita:
 - a. El Dios de Abraham representa a Dios el Padre que llama al hombre, justifica al hombre y equipa al hombre para que viva por fe y viva en comunión con Él—Gn. 12:1; 15:6; caps. 17—18; 19:29; 21:1-13; 22:1-18.
 - b. El Dios de Isaac representa a Dios el Hijo que bendice al hombre con la herencia de todas Sus riquezas, con una vida del disfrute de Su abundancia y con una vida en paz—25:5; 26:3-4, 12-33.
 - c. El Dios de Jacob representa a Dios el Espíritu que obra en todas las cosas por el bien de los que le aman, transforma al hombre y hace que el hombre madure en la vida divina a fin de que el hombre pueda bendecir a todo el pueblo, reinar sobre toda la tierra y satisfacer a todo el pueblo con Dios el Hijo como suministro de vida—27:41; 28:1—35:10; caps. 37; 39—49; Ro. 8:28-29.
2. Una persona llamada por Dios debe estar en resurrección y hacerlo todo en resurrección por el bien de la edificación de la iglesia, la cual está enteramente en resurrección—Ef. 1:19-23; Ro. 8:11; 1 Co. 15:45, 58; cfr. Nm. 17:1-8.

IV. Una persona que es llamada por Dios debe conocer el propósito del llamamiento de Dios—Éx. 3:8:

- A. El propósito del llamamiento de Dios, en el aspecto negativo, es librar al pueblo escogido de Dios de la usurpación y tiranía que sobre ellas ejerce Satanás y el mundo, los cuales son tipificados por Faraón y Egipto—Ro. 1:16.
- B. El propósito del llamamiento de Dios, en el aspecto positivo, es introducir al pueblo escogido de Dios en el Cristo todo-inclusivo, hecho real como el Espíritu todo-inclusivo que está en nuestro espíritu, el cual es tipificado por la tierra de Canaán, tierra que fluye leche y miel—Col. 2:6; Gá. 3:14.

V. Una persona que es llamada por Dios debe saber cómo hacer frente a Satanás, la carne y el mundo; éste es el principio que rige la obra de Dios—1 Jn. 3:8; Gá. 5:17; 1 Jn. 2:15; cfr. 1 Co. 2:11; Ro. 7:18; Gá. 6:14:

- A. Todo aquello de lo cual dependemos y que no es Dios mismo es un lugar donde se esconde la serpiente—Éx. 4:2-4; Lc. 10:19.
- B. Nuestra carne es una constitución de lepra, esto es, de pecado, podredumbre, corrupción e inmundicia—Éx. 4:6-7; Ro. 7:17-18, 24-25; Is. 6:5.
- C. El mundo con su suministro, entretenimiento y diversión está lleno de la sangre de muerte—Éx. 4:9; 1 Jn. 5:19; Gá. 6:14.

VI. Una persona que es llamada por Dios necesita la experiencia de ser un complemento para otro y de ser cortado:

- A. Una persona que es llamada debe ser un complemento para alguien conforme al principio del Cuerpo, a fin de ser restringido, salvaguardado y protegido—Éx. 4:14b-16; Lc. 10:1; Dt. 32:30; Ec. 4:9-12.
- B. Una persona que es llamada debe estar dispuesta a tener la experiencia subjetiva de la circuncisión de su vida natural a fin de llegar a ser útil en las manos del Señor con miras al cumplimiento de Su propósito eterno, y estar preparada para llevar a cabo la comisión de Dios—Éx. 4:24-26.

- C. Es nuestro deseo que cada aspecto del llamamiento de Dios sea nuestra experiencia en el recobro del Señor hoy.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

LA NECESIDAD DE QUE EL SIERVO DE DIOS CONOZCA LAS LEYES QUE RIGEN SU OBRA

Witness Lee: Siento que mientras el hermano Nee está aquí, no tengo ninguna carga en mi espíritu. Mi espíritu parece estar descansando, durmiendo, pero aun así el hermano Nee quiere que diga algo. Así que creo que tendré que decir algo.

Tenemos que entender que Dios obra conforme a Sus leyes. A fin de que nosotros, que estamos comprometidos en Su servicio, seamos útiles, tenemos que conocer las leyes que rigen la obra de Dios. Si queremos ser útiles en Sus manos, es preciso que conozcamos las leyes que rigen Su obra. He conocido a muchos hermanos y hermanas. No puedo decir que no hayan orado. Tampoco puedo decir que tengan alguna carencia de amor, de piedad o de dones. Todos ellos ciertamente tienen estas cosas, mas es muy poco lo que se manifiesta en ellos la obra de Dios. Creía que debía haber una razón para esto; así que con el tiempo descubrí que estos hermanos no entienden las leyes que rigen la obra de Dios.

Si yo quiero que la luz del sol entre plenamente en este salón, no sólo debo abrir la ventana que da hacia el norte, sino también las otras ventanas que dan al oriente, al sur y al occidente. Cuantas más ventanas abra, más luz entrará. Por otra parte, si quiero que la luz entre pero no abro ninguna ventana, por mucho que ore pidiendo que entre la luz, no habrá ningún resultado. Podemos decir lo mismo con respecto a la obra de Dios. Tenemos que laborar conforme a las leyes de Dios si hemos de recibir Su bendición. Si no laboramos conforme a Sus leyes, por mucho que oremos y piadosos que seamos, nada sucederá. Si tenemos un entendimiento claro de las leyes que rigen la obra de Dios, llegaremos a ser siervos útiles en Su obra. Después de muchos años de entrenamiento, muchos hermanos y hermanas han llegado a entender muy claramente cuáles son las leyes que rigen la obra de Dios realizada por medio nuestro. Al menos hay algunos asuntos a los que debemos prestar atención, si hemos de servirle apropiadamente. Por supuesto, debemos conocer las leyes que rigen la obra de Dios no sólo individualmente, sino también entre los colaboradores y también entre las iglesias.

Hace siete u ocho años, yo me encontraba meditando un día sobre este asunto. Estaba considerando la clase de leyes que uno debe conocer en cuanto a la obra de Dios. Por extraño que parezca, mientras meditaba en esto, me pareció oír una voz que me decía: "Lee Éxodo 3 y 4 acerca del llamamiento de Moisés y de cómo Dios lo usó". Así que de inmediato empecé a leer Éxodo 3. No sentí nada extraordinario cuando leí ese capítulo, pero después que leí el capítulo 4, sentí que cada frase estaba llena de la luz de Dios. No me atrevo a decir que recibí un gran resplandor, pero sí puedo decir que encontré allí ciertos principios de gran trascendencia.

TRES LECCIONES QUE APRENDIÓ MOISÉS

Moisés puede ser considerado el modelo de un siervo de Dios en el Antiguo Testamento. En el Nuevo Testamento, podemos considerar a Pablo como dicho modelo. Tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, Moisés fue considerado fiel en toda la casa de Dios (Nm. 12:7; He. 3:2). En términos del principio espiritual, el servicio de Moisés como siervo de Dios no tiene nada que ver con la época en la cual vivió; es decir, no tiene nada que ver con el hecho de si él pertenecía al Antiguo Testamento o al Nuevo Testamento. El principio que rige su obra es el mismo principio que rige la obra de todos los siervos de Dios. Todos conocemos la historia

de Moisés. Por lo tanto, no necesito volver a repetírsela. Él tuvo una excelente formación, pues fue criado como el hijo de la hija de Faraón, y en su corazón él tenía el deseo de servir al Señor. Él adquirió todo el conocimiento de Egipto a fin de equiparse para liberar al pueblo de Dios. Aunque Dios dispuso que Moisés sería quien habría de liberar a Su pueblo Israel de Egipto y conducirlo a la buena tierra, sus deseos, su conocimiento y su elocuencia no lo hicieron apto para tal servicio. Dios tuvo que levantar ciertas circunstancias de manera soberana a fin de que él se viera obligado a escapar al desierto en Sinaí.

Después de que Moisés se vio obligado a huir al desierto, sintió que Dios lo había desechado. Durante los años que pasó en el desierto, él perdió la confianza en sí mismo (Éx. 3:11; cfr. 2:11-13). Él reconocía que la vida humana había llegado a su fin a la edad de ochenta años (Sal. 90:10). Parecía que el tiempo y el espacio se le habían acabado completamente, y que su vida acabaría en el desierto. Justamente cuando pensaba que su vida iba a consumirse por completo, Dios vino a llamarlo en Éxodo 3 y 4. Cuando Dios se le apareció en la zarza ardiente y lo llamó a participar en Su obra, él se consideraba descalificado para cualquier obra. Por ello se disculpó diciendo que era un hombre tardo en el habla. Dios entonces preparó a Aarón y a Miriam para que fuesen sus ayudantes. Pero en Éxodo 4:1 Moisés respondió, diciendo: “¿Y si [los israelitas] no me creen ni escuchan mi voz, sino que dicen: No se te ha aparecido Jehová?”. Esto nos muestra que Moisés aún no se sentía muy motivado ni estaba tan convencido. Entonces Dios se reveló por medio de tres milagros. Estos milagros eran pruebas seguras de que Dios había llamado a Moisés. A Moisés se le dijo que hiciera tres cosas. En el primer acto, su cayado se convirtió en una serpiente; en el segundo, su mano se volvió leprosa; y en el tercero, el agua se convirtió en sangre (Éx. 4:2-9, 17). Estas tres cosas —el cayado, la carne y el agua— eran todas útiles. Sin embargo, éstas se convirtieron en tres cosas perjudiciales: una serpiente, lepra y sangre.

La lección del cayado que se convierte en una serpiente

Permítanme primeramente hablarles sobre el milagro del cayado que se convirtió en una serpiente. Para Moisés, la principal función del cayado era pastorear el rebaño. Más tarde, éste fue usado para guiar a los israelitas en su travesía. Para entonces Moisés tenía ya ochenta años. El cayado le servía para apoyarse, es decir, era una necesidad para su existencia. Aunque tal vez nosotros no tengamos un cayado físico en nuestras manos, todos tenemos algo de lo cual dependemos para nuestra subsistencia. El cayado de un comerciante puede ser su negocio. El cayado de un estudiante puede ser sus estudios. Asimismo, el cayado de una esposa puede ser su esposo. El cayado que tenemos es aquello de lo cual dependemos, aquello en lo cual nos apoyamos. Así que, tenemos muchos cayados. Éstos pueden ser nuestros padres, nuestra educación, nuestro negocio o nuestro dinero. Todas estas cosas pueden ser muy útiles y pueden servirle al Señor. Sin embargo, en cuanto toquemos a Dios, veremos que estos cayados de los cuales dependemos para nuestra subsistencia deben ser arrojados a la tierra.

Basándome en mi propio llamamiento y también en el llamamiento de otros siervos útiles del Señor, he podido ver que a fin de que un hombre sea usado por el Señor, primero tiene que arrojar el cayado que tiene en su mano. Una vez que lo arroje, la serpiente que se esconde tras él quedará al descubierto. La serpiente permanece todo el tiempo escondida detrás del cayado. Pero al arrojar el cayado en la tierra, la verdadera forma de la serpiente se hará manifiesta. Este milagro nos muestra que bajo el resplandor de Dios y la operación de Su poder, la verdadera naturaleza serpentina del cayado que nos brinda apoyo quedará al descubierto. La serpiente ha estado viniendo a nosotros de forma encubierta desde el principio. Desde el Antiguo Testamento hasta los tiempos de Apocalipsis, la serpiente siempre se ha ocultado detrás,

debajo o entre ciertas cosas. Su meta es ocupar y usurpar al hombre que Dios creó para Su propósito. Para Moisés el cayado era lo que le brindaba apoyo, pero para Dios era la corporificación misma de Satanás. Su propósito era ocupar y usurpar al hombre.

Cuando Moisés arrojó el cayado a tierra y vio que éste se había convertido en una serpiente, huyó de él. No se atrevió a tocarlo. Dios le dijo entonces que tomara la serpiente por la cola, y la serpiente volvió a ser un cayado en su mano. Antes de este incidente, Moisés había tenido ese cayado por muchos años; era algo que él consideraba muy precioso. Pero cuando lo arrojó a la tierra, descubrió que era una serpiente, algo que había estado ocupándolo por muchos años. Esta experiencia le mostró que lo que le había brindado apoyo en el pasado era nada menos que una serpiente, algo que le hacía daño.

Por favor, noten que Dios no le dijo a Moisés que desechara el cayado, sino que lo arrojara a la tierra. El propósito de esto era revelar la verdadera naturaleza del cayado. Entonces Dios le dijo a Moisés que tomara el cayado, el cual se había convertido en una serpiente, por la cola. En Nankín había un hermano responsable que era un hombre de negocios. Más tarde, él vio el peligro de involucrarse en los negocios, y no se atrevió a tocar esto nuevamente. Sin embargo, Dios no nos dice que desechemos el cayado, sino que lo tomemos por la cola. Debemos conservar el cayado, pero debemos tomarlo por la cola. En el pasado el cayado era nuestro centro; hoy el Señor tiene que ser nuestro centro. En el pasado luchábamos por nuestro sustento; hoy luchamos por el evangelio.

En la provincia de Shangtung, un hermano mayor dijo una vez que su esposa, compañera de toda su vida, era una vieja serpiente, y que sus hijos eran pequeñas serpientes. Él se sentía enredado e incapaz de servir al Señor o consagrarse libremente al evangelio. Le tenía miedo a las serpientes y no se atrevía a tomarlas por la cola. Sin embargo, el Señor no nos dice que desechemos el cayado y renunciemos a él para siempre. Es fácil soltar el cayado; es fácil emigrar al noroeste de China por causa del evangelio, y abandonar a la esposa, los hijos y todas las demás serpientes, grandes o pequeñas. Pero el Señor no nos dice que hagamos esto. En vez de ello, Él quiere que extendamos la mano y tomemos la serpiente por la cola. Después que queda al descubierto la verdadera naturaleza de la serpiente escondida, debemos tomarla por la cola. Ésa es la mejor manera de tratar el asunto de la serpiente. Si tomamos la serpiente por la cabeza, ella nos morderá. Pero si en vez de ello, la tomamos por la cola, perderá su poder y quedará rígida. Al final, ella vendrá a ser un canal por el cual nosotros ejercemos autoridad; es decir, ya no nos controlará (Éx. 4:4, 17; Lc. 10:19). Si no somos capaces de tomarla por la cola, no tendremos ninguna autoridad.

Los cuatro Evangelios nos dicen que si queremos seguir al Señor, tenemos que dejar a nuestros padres, hijos, etc. (Mt. 19:29). En las Epístolas, Pablo nos dice que debemos amar a nuestros padres y honrarlos (Ef. 6:1-3). El mandato de abandonar en los Evangelios corresponde al hecho de arrojar el cayado, mientras que la enseñanza de Efesios corresponde a tomar el cayado por la cola. Entonces el cayado se convertirá en el cayado de autoridad. Finalmente, con este mismo cayado Moisés hizo todos los milagros en Egipto y condujo a los hijos de Israel para que salieran de Egipto.

Más de doscientos hermanos y hermanas se han entregado a la iglesia en Hong Kong. La primera lección que tienen que aprender es arrojar a la tierra todo lo que tienen y todos sus medios de sostenimiento, y luego tomarlos por la cola.

La lección de conocer el yo

Después de esto, Dios le dijo a Moisés que metiera su mano en su seno. Él metió la mano

en su seno, y cuando la sacó, su mano estaba leprosa, blanca como la nieve. Ésta es la segunda lección. Primero, tenemos que arrojar a la tierra el cayado que tenemos en nuestra mano para que quede al descubierto la verdadera cara de la serpiente, y después de ello debemos tomarla por la cola. Luego, en segundo lugar, tenemos que hacer algo más. No es suficiente que sigamos el ejemplo de Moisés de arrojar nuestro cayado; necesitamos aprender una segunda lección, que consiste en hacer lo mismo que hizo Moisés y poner nuestra mano en nuestro seno. Cuando saquemos nuestra mano, ésta se volverá leprosa. El seno representa lo que nosotros somos en nuestras partes internas. La lepra representa nuestro pecado (Ro. 7:17-18). Esto nos muestra que en nosotros mismos no hay nada bueno. Es preciso que veamos que no tenemos nada ni somos nada. Me doy cuenta de que en la iglesia hay muchos hermanos y hermanas que critican, juzgan y se quejan. Esto me molesta bastante. Creo que los hermanos y hermanas que hacen esto no se han dado cuenta de que la lepra está escondida en su seno. Si conociéramos nuestra carne, no nos atreveríamos a criticar a los hermanos, aun cuando nos sintamos impulsados a hacerlo, pues conoceremos nuestra propia lepra. Sabemos que las personas de la misma especie se congregan juntas, que nosotros somos iguales a ellas y que interiormente somos igual de impuros.

En tanto que nuestro elogio, amor y compasión provengan de nosotros mismos, éstos contienen lepra. El himno de Newton dice que él aborrecía su pecado. Una vez que el hombre se ve a sí mismo y se conoce a sí mismo, no se atreverá a criticar a otros tan fácilmente. Comprenderá que no está calificado para criticar a otros. Que el Señor me perdone por decir esto: cada vez que quiero decir algo acerca de mis hermanos y hermanas, el Señor me muestra mi propia lepra, mi impureza y mi contaminación. No importa cuán equivocados estén los hermanos y hermanas ni cuántos males me causen, no me atrevo a criticarlos. No hay nada en mí que me haga apto para el llamamiento del Señor. Es la gracia de Dios la que me hace ser lo que soy (1 Co. 15:10). Si me conozco a mí mismo de esta manera, no ofreceré ninguna resistencia y me humillaré. Esto erradicará la lepra de entre los hijos de Dios. No debemos sentirnos insatisfechos con nadie; sólo debemos aborrecernos a nosotros mismos. Los que vean claramente su propia condición, comprenderán que no son más que un montón de tierra, basura, corrupción y suciedad. Ellos verán que no son otra cosa que la corporificación del pecado. Aparte de la misericordia de Dios, ellos no son dignos para laborar para Él. Cuando veamos esto, tendremos muchas cosas que confesar y mucho por lo cual orar.

La lección de conocer lo que es el mundo

Si queremos conocer la obra de Dios, no sólo necesitamos conocer la obra usurpadora de Satanás y la corrupción de nuestra propia carne, sino que también necesitamos ver lo maligno que es el mundo. El tercer milagro que Dios le mostró a Moisés fue el siguiente: “Toma de las aguas del Río y derrámalas en la tierra seca; y las aguas que saques del Río se convertirán en sangre sobre la tierra seca” (Éx. 4:9). El río se refiere al Nilo que irrigaba toda la tierra de Egipto. Este río representa el deleite mundano y caído. Egipto tipifica el mundo. Según la Biblia, Egipto era muy rico en sus cosechas y disfrutaba de abundancia gracias al suministro del río Nilo. El Nilo era la misma vida y suministro de vida de Egipto. La sangre, por su parte, era una señal de muerte. Aparentemente el Nilo nos brinda suministro y deleite; pero a los ojos de Dios es muerte. El mundo podrá disfrutar de su abundancia y excelencia, y nosotros tal vez seamos pobres y estemos afligidos y menesterosos. Tal vez veamos prosperar a nuestros compañeros de clase, que probablemente no eran muy buenos estudiantes, pero que hoy parecen disfrutar de todo. Esto agudiza aún más nuestro dolor. Sin embargo, una vez

que veamos el agua convertirse en sangre, comprenderemos que el disfrute del hombre de todas las cosas —casas, autos, etc.— no es otra cosa que beber sangre.

Una vez que veamos que aquello en lo cual nos apoyamos es una serpiente, que sólo hay impureza dentro de nosotros y que todo es sangre, no estaremos más engañados. El Señor dijo que únicamente el agua que Él da hará que los hombres no tengan sed jamás (Jn. 4:14). Un hombre sediento nunca estará satisfecho con el agua de este mundo. Sólo el agua que el Señor da apagará la sed del hombre, y sólo esta agua suplirá las necesidades de nuestra obra para el Señor. Espero que podamos recordar estos tres principios.

UNO NECESITA RECIBIR UNA REVELACIÓN ANTES DE PODER PARTICIPAR EN LA OBRA

Watchman Nee: Las tres lecciones básicas mencionadas arriba pueden resumirse en un principio fundamental: ver. Una vez que el hombre ve, espontáneamente se apartará. Sin la revelación que Dios nos da, únicamente veremos el cayado, que nuestras manos están limpias y consideraremos el suministro de Egipto meramente como un río de agua. Pero una vez que recibimos la revelación de parte de Dios, tendremos otro sentir. Comprenderemos que el cayado que tenemos en nuestra mano es una serpiente, que nuestras manos no están limpias y que el mundo está lleno de muerte.

Éxodo 4 es un capítulo que muestra el contraste entre la revelación de Dios y el punto de vista humano. Muchas personas me han preguntado: “¿Cómo puedo recibir revelación de parte de Dios?”. Ello depende de si usted ha visto o no que el cayado es una serpiente, que hay lepra en su mano y que el agua es sangre. Los jóvenes tienen sueños muy ambiciosos. Espero que ustedes puedan despertar de sus hermosos sueños. Dios no sólo le mandó a Moisés que viera e hiciera estos milagros, sino que fuera a los israelitas e hiciera lo mismo delante de ellos. La intención de Dios era que Moisés liberara a los israelitas. Ésta era una tarea imposible para Moisés. Sin embargo, una vez que recibió la revelación de Dios, su sentimiento cambió. Supongamos que en el fondo de este vaso hay un gusano. Puesto que estoy sediento, bebo de dicho vaso. Pero al final veo el gusano que estaba en el fondo. Si quisiera beber más agua, ¿cuál será mi sentir cuando vea de nuevo ese vaso? Me temo que “sentiré” el gusano dentro de mí. Eso es lo que la revelación hará. Originalmente, no teníamos ningún sentir respecto a cierta cosa. Moisés no tenía ningún sentir acerca de su cayado antes del milagro. Pero después que éste se convirtió en una serpiente, su sentir respecto al cayado cambió.

Podemos afirmar lo mismo respecto a nuestro sentir hacia la carne. Debemos saber que el pecado no sólo está en el mundo, sino también en nosotros. La violencia no sólo está en el mundo, sino también en nosotros. En el pasado no tuvimos este sentir. Pero un día sacamos la mano de nuestro seno, y descubrimos que éramos leprosos. Desde ese día, cada vez que extendemos nuestra mano, pensamos en la lepra. Hay quienes aparentan ser humildes, débiles y obedientes; pero todo lo que hacen es fingido. Si un hombre no ha recibido la revelación, puede ser humilde sólo cuando se propone serlo; pero en cuanto se olvida de ello, deja de ser humilde. Así que, tiene que estar alerta todo el tiempo. Cuando exhortemos o reprendamos a alguien, tenemos que comprender que las palabras que proceden de “nuestro seno” pueden ser leprosas. Por favor, recuerden que el Señor no nos llamó a la obra con base en cuánto nos hemos consagrado, sino en cuánta revelación hemos recibido. Un hermano me dijo una vez: “Aun cuando sea más débil que antes, sigo siendo más fuerte que esos dos hermanos”. Me temo que ese hermano nunca ha visto lo corrupto que es.

Un siervo del Señor debe también tener un sentir respecto al agua del mundo. Calmar la sed sólo sirve al propósito de satisfacer nuestra necesidad. Quizás algunos de nosotros hayamos

estado orando por muchos años por una posición en el mundo o por bendiciones. Espero que recibamos de parte de Dios una revelación que nos queme a fin de ver que toda satisfacción que provenga del mundo no es otra cosa que sangre. A los ojos de aquellos que tienen revelación, el agua no es otra cosa que sangre. Es posible que el agua se convierta en sangre incluso en detalles tan pequeños como comprar una toalla y calcetines. Si queremos servir al Señor, no debemos permanecer en Egipto ni beber del agua del Nilo. En vez de ello, debemos ir al desierto para beber el agua que fluye de la roca.

Aquí todos necesitamos ver algo que anteriormente no vimos. Todos los que hayan recibido una revelación dirán que han visto algo misterioso. Para el hombre, es un cayado, una mano que sale del seno o agua que proviene del Nilo. Pero una vez que recibimos la revelación y visión de parte de Dios, conoceremos la verdadera naturaleza de las cosas, y veremos que son una serpiente, la carne y sangre. Entonces nos alejaremos presurosos, pues sentiremos temor de tales cosas y las rehuiremos. Sólo la revelación de Dios nos impartirá el verdadero conocimiento de las cosas en las cuales confiamos. Sólo la revelación de Dios nos mostrará que el mayor pecado es el yo, y sólo Su revelación nos mostrará la maldad inherente a este mundo. En el mundo un cayado es algo en lo que nos apoyamos, el yo es bueno y el agua es buena para beber. Sin embargo, yo me uno al hermano Lee para implorarles que reciban una clara revelación de parte de Dios. Ustedes tienen que ver lo que es el mundo, el yo y la verdadera condición de todo lo que les rodea. Sólo entonces podrán laborar para Dios, y sólo entonces serán aceptables delante de Él. (*The Collected Works of Watchman Nee*, t. 62, págs. 311-319)